
Introducción

Siempre es posible argumentar acerca de la importancia del estudio de la religión en la sociedad. Podemos decir, por ejemplo, que la religión es un fenómeno que se ha presentado en todas las sociedades -o que la hemos querido ver, aunque sea bajo diversas formas-; que en la actualidad presenciamos numerosas expresiones de su vitalidad y que se encuentra en el centro de procesos de articulación e identidad de los mas diversos grupos sociales. a pesar de que hasta hace poco se preveía que la modernidad occidental acabaría con ella; en fin, que sigue formando parte de la constitución de cosmovisiones y de éticas, y en consecuencia, resulta vital para la comprensión de seres y haceres en el mundo. Casi nada mas fácil que justificar la dedicación de este número -el primero del año 2000- a la religión.

Pero el estudio de la religión en el occidente del país y en México tiene ya un trecho andado. No es suficiente con decir que el estudio de la religión es importante. Nos estamos alejando de los trabajos de investigación cuya aportación es la de ser pioneros en un campo casi abandonado por las ciencias sociales, seguramente influidas por los vientos de un progreso laicizante que desde el siglo XIX prometía dejar atrás a la religión como si fuera simplemente prejuicio, espejismo, atadura en el camino de un futuro brillante y certero. Los primeros atisbos monográficos, muchos de ellos dedicados a nuevos y pujantes grupos no católicos -los "otros" por excelencia-, demandaban el reconocimiento de este campo de estudio casi en el mismo tono en el que estos grupos demandaban un reconocimiento a su existencia y legitimidad.

Ahora el tema de la religión tiene un reconocimiento académico creciente. Hay, por ejemplo, una excelente revista especializada auspiciada con fondos públicos: se convoca regularmente a coloquios y congresos regionales y nacionales -alguno de ellos con mas de una docena de años de existencia-; hay un número creciente de académicos dedicados a este campo quienes, por cierto, apenas afrontan las demandas de medios de comunicación y estudiantes en formación para tratar asuntos de creencias nuevas y viejas.

El reto ahora es evitar volar con la ligereza que da una "moda" académica. Lograr originalidad y profundidad crítica. Se trata de afinar nuestra perspectiva para abarcar la especificidad del fenómeno religioso sin perder de vista sus conexiones con amplios procesos sociales

y culturales: migraciones, crisis económicas, mercados informales, revolución permanente en la tecnología de la comunicación y sobre todo en su accesibilidad, cambio en los procesos de trabajo, creciente multiculturalidad, urbanización sin auspicio estatal, nuevas demandas sobre estructuras tradicionales como escuela, universidad y familia.

Los autores de este número dan buen testimonio de los esfuerzos que hoy se realizan bajo este signo.

Tanto Rodolfo Moran como Miguel Hernández se dedican al análisis de las transformaciones religiosas de los migrantes mexicanos a los Estados Unidos: el primero desmenuza las operaciones de representación icónica de una comunidad -santos y vírgenes patronoscando ésta se vuelve transterritorial; el segundo analiza cómo la brutal experiencia de la migración ilegal tiene un correlato simbólico. Los jóvenes deportados no sólo trasgreden fronteras geopolíticas, sino también los marcos de referencia e identidad que hasta entonces habían operado en ellos.

Alma Dorantes y Patricia Fortuny se preguntan por el rumbo actual de las iglesias protestantes históricas con respecto de otras colectividades de surgimiento más reciente en la región, como mormones, testigos de Jehová y diversos movimientos neopentecostales.

Por su parte, Víctor Ramos hace un seguimiento de las posiciones episcopales católicas mexicanas en materias tan importantes como el modelo económico neoliberal y la deuda externa. Al hacerlo, da cuenta de la concepción que de sí mismo tiene el Episcopado como actor político.

Finalmente, Renée de la Torre analiza la diversidad de movimientos católicos tan disímbolos como las Comunidades Eclesiales de Base y los Barrios Unidos en Cristo, poniendo énfasis en su relación con la institución eclesiástica. Bajo esta perspectiva, aparece una iglesia "transversalizada", que tanto se adapta a la modernidad como busca cristianizar la cultura moderna.

Estudiar la religión desde la perspectiva de las ciencias sociales no se trata, pues, de satisfacer una curiosidad por lo exótico a través del camino de la descripción etnográfica, para luego hacer capillas o cotos temáticos entre los académicos. Por el contrario, crecientemente se proponen y realizan estudios con intención comparativa para constituir una visión amplia de la creencia como fenómeno social, cultural y de poder.

Cristina Gutiérrez Zúñiga